

LA ILUSTRACIÓN DEL PUEBLO

REVISTA DECENAL

Año I.

Madrid, 20 de enero de 1897.

Núm. 2.º

NUESTRO GRABADO

FEDERICO ENGELS

Nació Engels el año 1820 en Barmen (provincia renana de Prusia) de una familia de industriales ricos. En 1844 se dió á conocer con sus *Nociones sobre una crítica de la Economía política*, publicadas en los *Anales francoalemanes*, que redactaban Marx y Ruge.

En Manchester, adonde sus padres le enviaron para perfeccionarse en el comercio, tuvo ocasión de apreciar la miseria que originaba á los trabajadores el desarrollo de la industria. Por entonces (1845) fué cuando Engels escribió su notable libro *Situación de las clases trabajadoras en Inglaterra*. En el Parlamento prusiano se le citó como una autoridad al discutirse la ley que prohíbe dar trabajo en las fábricas á los niños menores de catorce años.

Engels, cuyo conocimiento de los idiomas europeos le facilitó la acción cosmopolita, colaboró en Inglaterra en el *Northern Star*, órgano del partido cartista, y en el *New Moral World*, de Roberto Owen; contribuyó á fundar la Asociación Democrática, organización política internacional en la cual se hallaban reunidos delegados del radicalismo burgués y de los obreros socialistas, y entró á formar parte de la Liga de los Comunistas, fundada en Londres. El Consejo general de la Internacional le encargó de la correspondencia con España, Portugal é Italia.

Una estrecha amistad, que fué creciendo con los años, le unió á Marx desde el momento en que se conocieron. Ambos trabajaron juntos, y en colaboración escribieron el *Manifiesto del Partido Comunista*, *La Santa Familia*, etcétera, etc.

Engels, acompañado de su gran amigo, se trasladó á Alemania con el fin de organizar el movimiento revolucionario y fundar la *Nueva Gaceta Renana*, de la cual se separó para ir á tomar parte activa en la insurrección de mayo de 1849.

Por el año 1850 escribió en la *Revue de la Nouvelle Gazette Rhénane* la *Guerra des paysans allemands*, y más tarde, al renovarse el movimiento socialista en Alemania, tomó parte con Marx en

la redacción del *Volksstaat*, órgano del Partido Obrero.

Los últimos artículos que publicó en el *Vorsvors*, periódico socialista en que colaboró también con Marx, formaban una serie titulada *Boulevardier Duhringien de la science*, y fueron publicados después en un volumen. El librito *Socialismo utópico y socialismo científico*, dado á luz en España por la Biblioteca de EL SOCIALISTA, es un extracto de aquella serie de artículos.

En 1884 dió Engels á la estampa una obra titulada *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, que ha sido vertida al castellano por la casa editorial de *La España Moderna*.

Hasta poco antes de su muerte, ocurrida en 1895, trabajó constantemente en bien de sus siempre acariciados ideales.



FEDERICO ENGELS

CRÓNICA

Ese diablo de Morote es el niño mimado de la fortuna. Todos en Cuba son á regalarle.

Hace días — él mismo lo refiere con lujo de detalles en las columnas de *El Liberal* — se encontró de manos á boca con «un gran paquete, repleto, lleno de cigarrillos Susini» que le había enviado obsequiosamente y de la manera más desinteresada el propio fabricante.

No sería flojo el paquete cuando Morote brindó con

él «en espléndida ronda» á sus lectores, creyendo que no se agotarían los cigarrillos por más que se abusase del ofrecimiento. Sin embargo, Morote brindó de lejos... por lo que pudiera tronar.

Mas puede el lector su escote sacar con este favor:
puede escupir el lector
siempre que fume Morote.

Claro es que el reporter casi famoso de *El Liberal*, buen comprendedor de insinuaciones como la de su obsequiante, no iba á conceptuar hecho el

regalo á humo de pajas ni aun de Susinis, y á la fábrica se fué para acreditar que él es agradecido siempre que se terciá.

Y, efectivamente, por Morote hemos sabido que en la fábrica donde se elaboran los cigarrillos Susini todo es grande, magnífico, asombroso, piramidal.

«Todo — dice — lo hacen las máquinas; casi se ha suprimido el trabajo humano. Las cigarrerías no tendrían nada que hacer en esta fábrica. Y, no obstante, allí se mantiene á 430 operarios...»

Pero, señor, este Morote se ha mareado con el humo de los Susini. Primero afirma que *todo* lo hacen las máquinas; luego rectifica diciendo que *casi* se ha suprimido el trabajo humano, y acaba por decir que en la fábrica *se mantiene* á 430 operarios, los cuales — según el mismo Morote — están distribuidos en operaciones distintas.

¡Vaya! ¿A qué carta nos quedamos? ¿Lo hacen todo las máquinas ó no lo hacen?

Puesto á contar grandezas el *reporter* de *El Liberal*, debió decir cuál es el salario que perciben los 430 trabajadores. Porque será — ¡de seguro! — tan *grande* como lo demás de la fábrica.

Pues ¿y lo que dice Morote del fabricante? ¡Ahí es nada! El fabricante es hombre honrado, político sin tacha, acendrado patriota, modelo de ciudadanos.

En efecto: un hombre que regala á un periodista con el *mayor desinterés* un gran paquete, repleto, lleno de cigarrillos Susini, debe de ser todo eso... y algo más.

Concedor, por ejemplo, del flaco de los periodistas á lo Morote.

Dícese que el general Blanco, arrojado de Filipinas por los frailes, piensa retirarse á la vida privada después de dar cuenta al Gobierno de su gestión en aquel archipiélago.

El general Blanco, si no desatiende las lecciones de la experiencia, acabará, no ya sólo por retirarse á la vida privada, sino también por retirarse á un convento.

Donde podrá tener más mando que siendo capitán general.

Todo pasa en el mundo... y en la trocha.

Pasó aquella racha de indignación que produjeron las denuncias hechas por el marqués de Cabriñana, y ya casi á nadie subleva el recuerdo de Bosch, ni de Gálvez Holguín, ni de tantos otros que pasaron por el Ayuntamiento de Madrid como filoxera por viñedo.

Cabriñana, el ídolo de toda aquella gente que cruzó el Salón del Prado en manifestación *moralizadora*, ingresará en la cárcel si ha de ser cumplida la condena que se le ha impuesto por los Tribunales.

Claro es que no estará mucho tiempo en la cárcel, si en ella entra; pero esto no justifica la tranquilidad de sus antiguos adoradores.

Sic transit gloria mundi.

El Liberal publicó el domingo último un número extraordinario dedicado á *La acción política*.

Y entre las acciones menos malas de los que firman el texto del número hay una *Definición* que Manuel del Palacio, medio poeta en sus buenos tiempos, hace en unos versos que comienzan de este modo:

Diplomacia. — Ciencia ó arte
que con ejemplos advierte
cómo siempre tuvo el fuerte
la justicia de su parte.
Nació con el interés,
por el misterio amparada,
y hablar mucho y no hacer nada
su fórmula esencial es.

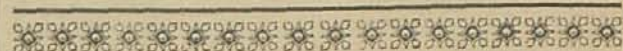
¡Demonio! ¿Y es un diplomático español el que nos habla con tan encantadora franqueza? ¡Pues que nos devuelva los cuartos!

Para ese viaje de hablar mucho y no hacer nada no se necesitan alforjas... ni diplomáticos con sueldo.

Mi buen amigo y correligionario Valentín Hernández, director de *LA LUCHA DE CLASES*, de Bilbao, ha sido encarcelado por orden de la autoridad militar con motivo de un artículo publicado en aquel periódico.

Deseo vivamente — y callado quedaría dicho — que la milicia le sea ligera.

LÁZARO VIRTO.



LA CIENCIA SOCIAL

Desde que Augusto Comte introdujo la sociología en su sistema de filosofía positiva, colocando á la nueva ciencia al fin de su clasificación general, por ser la más compleja y como derivación sintética de todas las demás, muchos hombres estudiosos se han lanzado por el obscuro laberinto de la naciente ciencia social (1).

Ciertamente que el alcance y magnitud de esta ciencia son dignos de provocar entusiasmos; mas, hasta ahora, pocos son los progresos realizados, y

(1) Hay á quien repugna usar la palabra *sociología* por su composición híbrida, como si en la formación de las lenguas no se advirtiera la ausencia de toda lógica, por lo que la mayor dificultad que ofrecen los idiomas es el estudio de sus irregularidades.

Es sorprendente que junto á tan frívolos escrúpulos se hallen admitidas sin reparo esenciales hipótesis de dudosa legitimidad que pueden torcer toda la doctrina sociológica.

lo único seriamente científico que se ha hecho es aportar buen número de datos, aprovisionar el arsenal de conocimientos sobre los cuales ha de erigirse el nuevo edificio, labor de modestos obreros, para reunir concienzudamente los componentes.

Algunos hay que, impacientes ó mal hallados con ese modesto papel, pretenden ganar la gloria como arquitectos, y acometen decididos la magna obra de construir, al empuje de sus solas fuerzas, el monumento de la nueva ciencia; pero el resultado no ha sido satisfactorio, á pesar de contarse entre estos aguerridos algunos espíritus eminentes. Todos los trabajos de esta naturaleza han causado decepción al público ilustrado que sigue con interés este curioso movimiento. En los primeros estudios, los más se han dejado arrastrar por la imaginación, y, más que trabajos científicos, han producido verdaderas novelas. Casi todo lo hecho descansa sobre una hipótesis muy discutible: la supuesta analogía entre el cuerpo social y el cuerpo humano. A esta vaga hipótesis, muy fecunda en imágenes retóricas, se pretende dar el alcance de una verdad probada y asentar sobre base tan insólida la complicada ciencia social, conducta que, por lo menos, acusa escasa prudencia científica.

Los biólogos han echado mano con frecuencia á la metáfora para explicar el mecanismo celular de los organismos superiores, comparando al cuerpo animal (Estado celular) con un Estado político, como hace Haeckel, dando á los diversos tejidos ó agrupación de células el papel de oficios, corporaciones y castas; á los órganos, compuestos de varios tejidos, el de los altos cargos, y á la cabeza, gran centro de células nerviosas, la misión del gobierno central que todo lo dirige.

Los sociólogos, en justa correspondencia, han adoptado la metáfora, invirtiéndola, para calcar el organismo social sobre el organismo biológico y dar rienda suelta á la fantasía. Según Scheaffle, la célula social es la familia, y así va aparejando organismos sociales con organismos biológicos. De esta suerte, el individuo debe contentarse con la humilde misión de átomo, como último término indivisible, pero ¡ay! no indestructible, de la materia social. El mismo Spencer ha caído en la tentación de la seductora idea, así como otros muchos hombres de innegable talento, tales como Jaeger, Greef, Worms, Lilienfeld, etc. Con todo, á Spencer le asalta una duda que parece contradecir la famosa analogía: que, mientras las células vivas del organismo biológico tienen cierta conexión que forma un todo concreto, las unidades sociológicas viven libres, *discretas* (aisladas) y más ó menos dispersas. Mas, para justificar la analogía absoluta, se ha encontrado ya una explicación que aclara la duda: los signos, los sentimientos y las ideas, que equivalen á los lazos que unen á los elementos anatómicos.

Es un extraño fenómeno que esta idea de la ana-

logía, que, por lo menos, es prematura, haya sido acogida principalmente entre los pensadores anglosajones, de ordinario tan prudentes, tan reflexivos y siempre en guardia contra las teorías brillantes que, por lo común, no traen nada dentro, en tanto que los sociólogos de los países latinos se han envuelto en la más prudente reserva, si bien hay en Francia espíritus tan distinguidos como Fouillée y Espinas, que optan por la analogía.

De todos modos, es de desear alguna mayor prudencia para orientarse en la nueva ciencia, mucho más cuando por su naturaleza exige algunas excursiones fuera del campo positivista. No vayan los sociólogos á dar lugar á que Brunetière repita aquella pamplina de la *bancarrota* de la ciencia (1).

LUIS AGUIRRE.

Sevilla, enero de 1897.

CRUSTÁCEOS

Hay muchos tipos en este mundo
que ser pretenden santos varones
porque confiesan, porque comulgan
y porque á pares las misas oyen.

Cierto es que ejercen los muy hipócritas
obras benéficas en ocasiones;
pero no pasan en estos casos
de ser modernos don Juan de Robres.

Para esos entes no hay hombre digno
ni digno á medias en todo el orbe
si no realiza las mismas prácticas
á que ellos siempre se muestran dóciles.

Necios amantes de la rutina,
que los arrastra, que los absorbe,
hallan lo antiguo lleno de encantos
y lo moderno lleno de horrores.

De sus principios absolutistas
hacen alardes á troche y moche,
y hasta perjuran que divorciadas
las libertades se hallan del orden.

A la corriente de las ideas
con vano esfuerzo siempre se oponen,
creyendo fácil localizarlas
en el pantano de sus errores.

Aparte de esos caballeritos
no hay nada pulcro ni nada noble;
pero si ahondamos en sus conciencias,
descubriremos cosas atroces.

(1) La *Revue des Deux Mondes*, que dirige Brunetière, se distingue por su inquina á la ciencia, cuya bancarrota ha proclamado, erigiendo sobre sus ruinas un flamante idealismo. Y no sólo hace campañas contra la ciencia, sino contra los hombres de ciencia. En el número de 1.º de diciembre último publica un furioso trabajo lleno de ultrajes contra Comte. Es un artículo despiadado, en el que se ve á su autor desahogar un miserable rencor, guardado largos años, para ofender la memoria del gran filósofo positivista. Brunetière acoge, en nombre del idealismo, las indignas acusaciones de un pecho que anhela vengarse de un muerto ilustre. No es extraño que tanta pasión y tan insensata conducta conduzcan á la *Revue des Deux Mondes* á una rápida decadencia.

¡Conque... ojo al Cristo, porque conviene guardarse mucho de esos señores que «se las echan» de ser morales y son morales... con r doble!

A. O.

¿QUÉ HACEN LOS JÓVENES?

Eso es: ¿qué hacen los jóvenes que vienen detrás de nosotros, los que nos empujan, los hombres de mañana?

Poquita cosa: chuparse el dedo y no cuidarse para nada del porvenir, que se les presenta con pavorosas negruras.

Descartando á los jóvenes pertenecientes á la clase mejor acomodada de la sociedad, á los «gomosos» de la *high life* — los cuales tienen ya bastante con el ejercicio de todos los géneros de *sport* y con la satisfacción de todos los linajes de concupiscencia —, nos fijaremos en aquellos otros jóvenes que han nacido casi exentos ó exentos totalmente de privilegios patrimoniales, y que tienen que contentarse con pertenecer á la llamada clase media ó á la clase trabajadora, clases ambas estas últimas que apenas se distinguen más que por el nombre y por la indumentaria.

Los jóvenes de la clase media, que pasan por ser y son realmente los más instruidos, van á las aulas, si no hay manifestación ó *juerga* que lo impida, después de estudiar su lección á regañadientes por el texto original — ¡muy original! — del mismo profesor que los instruye... para hacerlos ignorantes.

Fuera de las aulas y del estudio que á ellas corresponde de momento, no hay más allá en cuestión de letras. Decimos mal: hay algo, pero como si no lo hubiera, porque todo ello se reduce á la lectura de semanarios cómicos ó semibufos, en los cuales aprenden á jugar el vocablo, á «hacer» chistes y, lo que es peor aún, á escribir versos dedicados á la vecina de enfrente, ó á la Maritornes de al lado, ó al salchichero de la planta baja. Ni estudios comparados para hacer más sólida su instrucción, ni ninguna otra cosa que les pueda servir de enseñanza utilizable.

¡Y habrá que verlos... á larga distancia cuando sean ingenieros, médicos, abogados ó políticos en candelero!

Pues ¿y los jóvenes de las llamadas «últimas capas sociales»? Ciertamente que ellos están en las peores condiciones para adquirir una instrucción que les lleve por el camino más corto de la ciencia; cierto también que en las escuelas á que asistieron apenas hubo para ellos más estudio que el del Catecismo; pero esos jóvenes, cuando eran casi niños aún, fueron á otro colegio — el taller —, donde las lecciones de la práctica les pusieron, aunque ellos no

hicieran ni hagan caso, en la necesidad de continuar sus estudios para conocer el origen de su estado de miseria y aplicar el remedio oportuno á los vicios de constitución que tiene la sociedad presente y que hacen punto menos que imposible la vida del pobre.

No faltan entre esos jóvenes quienes leen fuera de las horas destinadas al trabajo; pero ¿qué leen? *El Tío Jindama*, *El Toreo Cómico*, la noticia del crimen del día ó alguna de esas novelas de brocha gorda que son repartidas por dosis ó por entregas para que hagan menos daño.

No faltan tampoco quienes se asocian; pero ¿cómo? Formando la masa de esos Círculos de obreros católicos creados con propósito de embrutecer y domesticar á la clase necesitada para que lleve mansamente la carga del trabajo mal retribuido.

¿Y esos jóvenes son los que han de constituir la generación de mañana? ¿Son esos jóvenes la savia nueva que ha de dar á la sociedad un estado de progreso efectivo?

¡Pues ya tendrá que ver la generación futura si no se adelantan los viejos de hoy á realizar la tarea redentora que lógicamente pertenece á tales jóvenes!

No ignoro que entre los individuos que constituyen la juventud presentada en estas líneas hay honrosas excepciones; pero ¡son tan pocas!...

¡Lástima de juventud!

JOSÉ ROZAS.

EL GATO DEL HEREJE

I

Casi todos los vecinos de aquella aldea eran zafios hasta dejarlo de sobra. Para ellos el ferrocarril, la navegación aérea, el telégrafo, todo, en fin, cuanto es producto de las investigaciones de la ciencia y ha venido á simplificar grandemente la labor del hombre y á poner á éste en la verdadera vía del progreso, era obra, ó sugestión al menos, del mismísimo demonio.

El cura de la aldea, aquel ceñudo clérigo de cortos alcances que les deletreaba diariamente el latín de la misa y les decía desde el púlpito cuatro majaderías en la más incorrecta de las formas, los tenía completamente dominados á fuerza de inculcarles á su antojo el «santo temor de Dios». Palabra que el cura les dijese, era dogmática para ellos, y á casi nadie se le ocurría ponerla en tela de juicio. ¿Qué más? Para probar la estulticia de aquella gente bastará decir que en la tal aldea se pagaba voluntariamente diezmos y primicias en pleno siglo XIX.

¡Figúrense ustedes cómo andarían las cosas en un pueblo cuya casi totalidad de habitantes pen-

saba y obraba tan incautamente! Allí donde estaba el cura eran ceros á la izquierda el alcalde y el juez municipal; el vecino mejor servido, en lo que á la administración pública se refería, era el que contribuía con mayor óbolo al esplendor de la Iglesia; para los escasísimos vecinos que se mostraban indiferentes á las predicaciones del insipiente clérigo, no había ley, ni justicia, ni Cristo que lo fundó. En fin, con decir que allí el cura era una especie de Sancho en su insula Barataria, está dicho todo.

II

Así vivía tan pobre gente cuando á D. Roque Tolosa, pensador relapso que había pasado la mayor parte de su existencia dedicado al estudio de los más abstrusos problemas que en los tiempos modernos ocupan la atención de los sabios se le ocurrió avecindarse en aquella aldea, su tierra natal, de la cual faltaba hacia muchos años.

Era D. Roque un verdadero soldado del progreso. En la Prensa y en la Tribuna había reñido grandes batallas á favor de los bellos ideales que la Humanidad persigue para llegar al mayor grado de perfeccionamiento. Sus libros, síntesis de profundas investigaciones, habían sido objeto de grandes controversias, y casi todos ellos habían obtenido la distinción de ser señalados como peligrosos por la Congregación del Índice.

Fatigado de pelear con tan noble divisa, y cuando ya su existencia había traspuesto las lindes de la vejez, creyó conveniente retirarse á un lugar tranquilo, donde pudieran deslizarse plácidamente los pocos años que le restaban para dejar el mundo de los vivos. Fué, pues, á su aldea creyendo que allí encontraría la paz ansiada; pero sus cálculos salieron fallidos, porque desde el momento en que puso los pies sobre la tierra donde vió por primera vez la luz del día, se halló con que su mayor adversario era el cura, aquel ignorante clérigo que á costa de grandes trabajos había podido pasar del *quis vel qui*.

— ¡Cómo! — murmuraba el *padrastr*o de almas cuando tuvo conocimiento de la llegada de D. Roque. — ¡Meterse en mi rebaño un lobo carnívoros como ése!... ¡*Vade retro Satanas!* Tengo que ponerme en guardia contra tan grande excomulgado. ¿En guardia dije? No, algo más: es necesario atacarle resueltamente. Así haré que se vaya del pueblo á uña de caballo y que deje tranquilo mi redil.

No tardó el mentecato clérigo en emprender una guerra despiadada contra D. Roque. El domingo siguiente á la llegada del nuevo vecino de la aldea se encaramó en el púlpito, y allí, ante todos los fieles, puso á D. Roque como no dijeran dueñas, llegando á compararle con el diablo mismo.

Claro es que aquellos borregos á quienes el clérigo predicaba, tomaron por verdades como puños todas cuantas sandeces oyeron decir contra el bue-

no de D. Roque, y desde aquel momento empezaron á mirar con horror al *excomulgado* que se les había metido por las puertas.

D. Roque, afortunadamente para él, salía poco de casa, y sólo sabía por su criado — el hijo de un leñador de la comarca, que le servía á despecho del cura — algo de lo mucho y malo que en daño suyo murmuraban sus ignorantes convecinos. Pero él hacía muy poco caso de aquellos pobres maldicientes.

— Mientras no me molesten de otro modo — decía para sus adentros —, pueden hablar hasta desgañitarse.

III

Transcurría el tiempo, y las murmuraciones iban subiendo de punto á medida que el cura sembraba cizaña en contra de D. Roque, quien acaso hubiera sido objeto de una agresión brutal si por su aspecto venerable no hubiese tenido el privilegio de imponerse á sus convecinos.

D. Roque había adquirido un gatazo que, aunque de apariencia silvestre, era manso como un cordero. Mientras el buen sabio, que le tenía en grande estimación, escribía ó leía en su gabinete de estudio, el felino animal, encaramado en la mesa, le acariciaba con su piel haciendo graciosas ondulaciones. Otras veces se posaba cachazudamente sobre el libro, el periódico ó el manuscrito que se hallaba ante la vista de D. Roque, y no se apartaba de allí hasta que su amo, con afectada severidad, le obligaba á retirarse. Estas libertades que el gato se permitía daban clara idea del cariño que D. Roque le profesaba.

Detalles son éstos que no habían pasado inadvertidos á los ojos del cura, quien algunas veces se hizo cargo de ellos al pasar cerca de la habitación de su adversario y extender su mirada todo lo adentro que permitían las ventanas del edificio.

Pensando estaba un día el solapado clérigo en los medios de combate que había de emplear en adelante contra D. Roque, cuando su rostro se iluminó de júbilo como debió de sucederle á Arquímedes cuando pronunció su famoso *¡Eureka!*

— *¡Eureka!* — dijo también el cura frotándose las manos con rapidez. — Ese gatazo de aspecto horrible que posee el hereje, ha venido á concederme un arma poderosa para la realización de mis planes. Propagaré la afirmación de que tan feo animal es el diablo mismo, inspirador de D. Roque, y serán muy contados los que dejen de creerlo á pies juntillas. ¡Manos á la obra!

Al día siguiente de haber dicho esto para su sotana el pastorzuelo de borregos de Cristo, corría por todo el pueblo la especie de que el diablo no era otro que el gato de D. Roque, aquel pobre gato que no tenía arte ni parte en las creencias del ilustre pensador.

Bastaron estas habladurías, derivadas de la len-

gua viperina del clérigo, para que los necios fieles de la aldea se insurreccionasen contra el inofensivo gato. Unos hacían al animalito la señal de la cruz siempre que le topaban; otros le arrojaban gruesos guijarros cuando le veían tomando el sol sobre el poyo de piedra que había á la entrada de la casa de D. Roque; otros, en fin, le acechaban de cerca para descargar en él gruesos y nudosos garrotes. De modo que el pobre gato vivía como milagrosamente.

¡Y qué cosas se decían del animalillo! No faltaban quienes asegurasen que le habían visto echar llamaradas por los ojos, ni quienes dijese con la mayor formalidad del mundo que llevaba sobre el testuz algunas veces una cornamenta más grande que la de un toro jarameño, ni quienes, por último, afirmasen que se percibía á cien metros á la redonda el olor á azufre que despedía.

¡Y el infeliz gato tan inofensivo como un cordero y tan *inodoro* como cualquier otro animal de su especie!

IV

Llegó un día en que D. Roque se sintió enfermo. Aquella naturaleza, trabajada por el estudio y la reflexión, había sido invadida por gérmenes de muerte.

D. Roque se metió en el lecho y mandó aviso al médico para que éste fuera á visitarle. Postrado por la enfermedad, sin familia que le cuidase con la solicitud exigida por el estado de su salud, era su compañero inseparable el pobre gato que tantas caricias le debía y que parecía condolerse del mal que aquejaba á su buen amo.

El médico, que no tardó en acudir al llamamiento de D. Roque, frunció el entrecejo al reconocer al paciente. El menos inteligente de los observadores hubiera traducido la mueca del Galeno con estas ó parecidas palabras: — ¡Uno que *se las vía*!

Precipitadamente extendió el médico una receta y se la dió al criado diciéndole:

— Corre á la botica en busca de lo que la receta señala, y avisa de paso al cura por si tu amo quiere reconciliarse con la Iglesia.

Salió el criado, y poco después se presentaba el cura sin poder ocultar su regocijo.

— Supongo — dijo el clérigo acercándose al lecho de D. Roque — que el enfermo no querrá quedar mal con Dios y que admitirá los auxilios espirituales que la Iglesia le ofrece.

— Supone usted mal, amigo mío — respondió trabajosamente D. Roque fijándose en el recién llegado.

— ¿Luego mi presencia es inútil en este sitio?

— Sí; es inútil si usted viene con el carácter de sacerdote.

— Con ese carácter vengo.

— Pues entonces no le digo á usted más.

El cura vió que nada podía adelantar con un

un hombre de carácter tan entero, y salió de la habitación haciendo una forzada reverencia.

V

Pocos días después D. Roque había dejado de existir.

La noticia cundió por la aldea con la celeridad del rayo, y pocas fueron las personas que mostraron conmiseración al tener conocimiento de la desgracia del ilustre sabio.

El cura de la aldea, aunque contrariado por la negativa con que D. Roque recibió sus pretensiones, no podía ocultar el placer que le embargaba, porque, como él decía, «la Iglesia contaba con un enemigo menos».

D. Roque fué enterrado en sitio próximo al cementerio. El fanatismo religioso de los hombres hizo que sus restos mortales no fuesen á parar donde se hallaban depositados los de sus ascendientes.

Su criado y tres leñadores — uno de ellos padre del sirviente — fueron los cuatro hombres que condujeron el cadáver del sabio al sitio donde se hizo el sepelio.

Cuando la casa de D. Roque, á consecuencia de haber muerto éste *abintestato* y carecer de familia, fué cerrada por disposición judicial, el gatazo aquel de aspecto feroz, pero manso como el que más, había desaparecido.

Esta desaparición sirvió de pretexto para que el cura dijese á su grey de fanáticos:

— ¿Os convencéis ahora de que el gato de D. Roque es el mismísimo diablo? Pues al desaparecer ese animalito, bien demostrado está que él, ó sea el diablo, se halla ya en el infierno acompañado del alma del hereje.

Todos los oyentes asintieron á las palabras del cura, y por entonces no se habló en el pueblo de otra cosa.

VI

Al día siguiente de haber sido enterrado el cadáver de D. Roque se hallaban tres leñadores conversando en un monte próximo á la aldea. Eran los mismos que condujeron el ataúd guardador de los restos del sabio infortunado.

— ¿Sabéis — decía uno de los leñadores á sus compañeros — lo que se habla en la aldea del gato de D. Roque?

— Alguna tontería — respondió otro.

— Pues se dice que el gato de D. Roque era el diablo y que éste se ha llevado el alma de aquel pobre señor á los profundos infiernos.

— ¿El diablo, eh? — Pues mira: á nosotros nos ha sabido á gloria.

— Eso que tú has dicho.

.....

Excusado me parece añadir que aquellos hom-

bres se habían comido el malaventurado gato del hereje.

Pero no refieran ustedes esto último á los fieles de la aldea, porque no lo creerán.

¡Buenos son ellos para apearse de sí mismos!

ALVARO ORTIZ.

EPIGRAMA

Fuése el cesante Ledesma
á confesar cual cristiano,
y el cura le dijo: — Hermano,
¿comiste carne en Cuaresma?
Sollozando con dolor
le contestó el penitente:
— ¿En Cuaresma solamente?
¡Nien todo el año, señor!

ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS ⁽¹⁾

Equidad tributaria, por *Canta-Claro*. — Un tomito de 128 páginas en 8.º. — Madrid, 1896. — Precio, una peseta.

Canta-Claro, seudónimo bajo el cual se oculta un fecundo autor sociológico, propone en la obrita de que tratamos un remedio, que cree único, para llegar á la equidad tributaria.

¿Qué cuál es el remedio? Pues éste consiste nada menos que en una liquidación económica; pero no una liquidación así como se quiera, sino basada en la creación previa de una *legalidad común*, que habría de ser constituida por todos — ¡claro y *Canta-Claro* está! — y «tener explícita y constante el respeto de todos».

El bueno de *Canta-Claro*, con ser tan sociólogo como es, no conoce bien la sociedad en que vive, porque creer fácil la creación de una *legalidad común* y respetada por todos donde la existencia de clases hace estable el dominio del fuerte sobre el débil, del rico sobre el pobre, es lo mismo que pedir peras al olmo.

La intención del autor, por lo demás, es justa, pero nada más que la intención.

X.

(1) Se dará cuenta en esta sección de toda obra cuyo autor ó editor nos envíe un ejemplar.

ENTRETENIMIENTOS

JEROGLÍFICO

VIRTUD TEOLOGAL DE CAPITALISTA

GLS

CHARADA

A precio *dos-tercera*
paga el *todo* el burgués
si no hay *dos* tras *primera*
que le para los pies.

(Las soluciones en el número próximo.)

SOLUCIONES

Á LOS ENTRETENIMIENTOS DEL NÚMERO ANTERIOR

A la charada: *Capital*.

Al jeroglífico: *Marx*.

A la fuga de vocales:

Yo me fui de rico á pobre
por ver lo que el mundo daba,
y he visto que al que no tiene
nadie le mira á la cara.

EN EL TALLER



—¿Y dice usted, maestra, que el oficio está echado á perder?; Ya lo creo! ¡Como que todos quieren ser ricos y muchos se quedan zapateros!

CORRESPONDENCIA

M. P. — Zaragoza. — Se le envían tres ejemplares desde el primer número.

F. B. — San Martín de Provensals. — Id. 10 números id.

A. Ll. — Palma de Mallorca. — Id. id.

J. A. — Alicante. — Suscripto.

V. M. — Málaga. — Id. Recibido importe de un trimestre.

M. I. — Carmona. — Id. id.

I. R. — Manresa. — Se le envían dos ejemplares desde el primer número.

A. G. Q. — Barcelona. — Espero confiado.

V. H. — Gijón. — Recibida libranza. Se sirvió un nuevo ejemplar á J. H., cuya dirección ha sido cambiada. Se remiten cinco ejemplares más desde el primer número.

A. S. — Alicante. — Se le enviaron 10 ejemplares más del primer número, y de éste van 25.

P. L. — Burgos. — Sirvenselo 14 ejemplares desde el primer número.

R. C. — Valladolid. — Se le envían 10 ejemplares más desde el primer número. Gracias por su interés.

T. I. — Aranda de Duero. — Suscripto. Recibido importe de un trimestre.

F. G. — Almería. — Suscripto.

M. B. — Salamanca. — Id. Pagó primer trimestre.

J. A. — San Andrés de Palomar. — Suscripto.

J. M. — Gandía. — Id. Pagado primer trimestre.

J. R. — Mataró. — Se remiten cuatro ejemplares desde el primer número. Recibido el importe de un trimestre.

R. S. — Barcelona. — Se envía un ejemplar más para la A. S. desde el primer número.

L. A. — Sevilla. — Recibido importe de un semestre. Le escribí.

A. C. — Roda. — Se le sirven a J. M. las tres suscripciones cuyo primer trimestre se halla abonado.

J. M. — Santiago. — Suscripto y recibido importe del primer trimestre.

J. T. — Algeciras. — Id. id.

F. P. — Bilbao. — Se le sirvieron 15 ejemplares del primer número. Desde éste se le envían 10 más.

E. R. — Santander. — Enviados 25 ejemplares del primer número.

B. A. — Baracaldo. — Suscripto y pagado el primer trimestre. La forma del pago es buena.

Imp. de F. Cao y D. de Val, á cargo de J. Antonio Herrero, Platería de Martínez, 1.

LA ILUSTRACIÓN DEL PUEBLO

REVISTA DECENAL

Se publica los días 10, 20 y último de cada mes.

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE (PAGO ADELANTADO.) — Península, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75.

VENTA. — Paquete de 25 números, 2 pesetas; fracciones de 20 y 10, 1,60 y 0,80 respectivamente; número suelto, 10 céntimos.

Los corresponsales harán mensualmente sus liquidaciones.

Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro.

Las suscripciones se reciben: en Madrid en la imprenta de este periódico, Platería de Martínez, 1, bajo, y en provincias en casa de los corresponsales, ó dirigiéndose directamente al administrador.

La correspondencia, tanto administrativa como de Redacción, será dirigida á nombre de Alvaro Ortiz, Embajadores, 47, principal.

Obras socialistas.

	Pesetas.
El Capital , por Carlos Marx. En Madrid.....	2,00
— en provincias.....	2,50
Socialismo y Ciencia positiva , por Enrique Ferri.....	1,00
Miseria de la filosofía , por Carlos Marx.....	1,00
Meeting de controversia en Santander , celebrado el 15 de mayo de 1892 entre D. A. M. Coll y Puig, director de <i>La Voz Montañesa</i> , y el compañero Pablo Iglesias.....	0,20
La Guerra civil en Francia , por Carlos Marx...	0,45
Catecismo socialista , por J. L. Joynes.....	0,30
Ecos revolucionarios , composiciones en verso, por Alvaro Ortiz.....	0,50
El Partido Socialista Obrero ante la Comisión de Reformas Sociales , informe escrito por el Dr. Jaime Vera por encargo de la Agrupación de Madrid. (Segunda edición).....	0,75
Un tomo de la Biblioteca Socialista , de 400 páginas, conteniendo los cuatro últimos folletos, encuadernado en holandesa ó tapas. En Madrid	2,00
En provincias.....	2,50
El Comunismo y la evolución económica y Justicia é injusticia del cambio capitalista , por Pablo Lafargue.....	0,20
Las cuatro primeras obras se pueden adquirir dirigiéndose á la Administración de EL SOCIALISTA y á sus corresponsales, y las restantes pertenecen á la BIBLIOTECA SOCIALISTA, que se publica en Madrid por cuadernos de 16 páginas al precio de 10 céntimos. Para asuntos de esta BIBLIOTECA dirigirse á Pablo Cermeño, Espíritu Santo, 18, 2.º.	

Periódicos socialistas.

El Socialista. — Redacción y Administración: Hernán Cortés, 8, principal, Madrid. — Se publica los viernes. — *Suscripción por trimestre:* España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75. — *Venta:* Paquete de 30 números, 1 peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiera efectuado. Las suscripciones se reciben: en Madrid en la Administración, y en provincias en el domicilio de las Agrupaciones socialistas y de los corresponsales, dirigiéndose directamente al administrador.

La Lucha de Clases. — Publicase los sábados en Bilbao. *Condiciones de la publicación:* Las mismas que EL SOCIALISTA. — Redacción y Administración: Bailén, 41.

El Grito del Pueblo. — Aparece los domingos en Alicante. — *Condiciones de la publicación:* Alicante, un mes, 35 céntimos; en el resto de España, un trimestre, 1 peseta. — Redacción y Administración: San Pascual, 3.

La Voz del Obrero. — Aparece semanalmente en Ferrol. *Condiciones de la publicación:* Ferrol, un mes, 40 céntimos; en el resto de España, trimestre, 1,50 pesetas. — Redacción y Administración: Dolores, 60, bajo.

El Defensor del Trabajo. — Ve la luz todos los domingos en Linares. — *Precio de suscripción:* 1 peseta trimestre en toda España; número suelto, 5 céntimos. — Redacción y Administración, calle del Agua, 1, 2.º.

La Aurora Social. — Aparece cada dos domingos en Gijón. *Condiciones de la publicación:* Trimestre, 0,50 pesetas; paquete de 25 ejemplares, 0,75; número suelto, 5 céntimos. Redacción y Administración: calle de Santa Elena, 24, bajo.